UNIVERSIDAD DE CHILE.—Sesion solemne de Claustro pleno, celebrada el domingo 7 de enero de 1866 en la rotunda del palacio universitario.

Se abrió presidida por el señor vice-Patrono don Federico Errázuriz, con asistencia del señor Ministro de Guerra i Marina don José Manuel Pinto, del señor vice-Rector don José Manuel Orrego, de los señor Decanos don Manuel Camilo Vial i don Guillermo C. Blest, de los señores Miembros conciliarios don Ignacio Domeyko i don Diego Barros Arana, del Secretario jeneral don Miguel Luis Amunátegui, i de los señores Miembros universitarios que a continuacion se espresan:

Allendes, don Eulojio.
Allendes, don Ramon.
Amunátegui, don Gregorio Victor.
Briseño, don Ramon.
Cañas, don Blas.
Cood, don Enrique.
Diaz, don Wenceslao.
Fontecilla, don Pedro Eleodoro.
Gonzalez, don Marcial.
Gorostiaga, don Luis.
Güemes, don Migusl María.
Guilizasti, don José Antonio.
Larrain Espinosa, don Vicente.
Le[illegible], don Cárlos.
Le[illegible], don Emilio.
Lobe[illegible], don Justo Florian.
Luco, don Juan Agustin.
Matta, don Guillermo.
Padin, don Vicente.
Pérez Caldera, don Francisco.
Picarte, don Ramon.
Ravest, Frai Joaquin.
Semir, don Miguel.
Tocornal, don Javier.
Tocornal, don Enrique
Valderrama, don Adolfo.
Varnhaguen, don Francisco Adolfo.
Vazquez, don Anjel 2.º
Vergara, don José Ignacio.
Wormald, don Rafael.
Zegers Recacens, don José.

Prévia la venia de Su Señoría, solicitada por el señor vice-Rector, el Secretario jeneral leyó la Memoria anual de costumbre i los temas designados por las cinco Facultades para los certámenes del presente año.

En seguida el Miembro de la Facultad de Medicina, don Adolfo Valderrama, leyó la introducion de una Memoria que ha compuesto con el título de *Bosquejo histórico de la poesía chilena.*

Despues de esto, el Miembro conciliario don Diego Barros Arana, leyó un elojio biográficco del finado señor Rector de la Universidad don Andrés Bello, de que habia sido encargado por acuerdo del Consejo.

En cumplimiento de igual encargo, el Miembro de la Facultad de Humanidades, don Guillermo Matta, recitó la composicion en verso que en honor del mismo señor Bello habia compuesto con el título de *La apoteōsis del sabio*; i con esto se levantó la sesion.

I.

MEMORIA DEL SECRETARIO JENERAL.

Señor vice-Patrono.—Señores:—La Universidad, como nuestra República, acaba de esperimentar grandes pérdidas, que son verdaderamente irreparables. Dos de sus mas ilustres fundadores han sido arrebatados por la muerte. Aunque nacidos en lejanas tierras i bajo otros cielos, habian obtenido con plenísima justicia el título de chilenos, tanto por el profundo i sincéro afecto que profesaban a su patria adoptiva, como por la magnitud de los servicios que en esferas diferentes le prestaron. Los bienes de que somos deudores a estos dos varones esclarecidos son de aquellos que empeñan el reconocimiento de un pueblo. La memoria del uno será bendecida por una larga série de años, mientras existan las personas que le deben la salud i la vida i los deudos de ellas; la del otro, será admirada talvez por siglos, mientras sean apreciadas cual corresponde las sazonadas producciones del injenio, mientras haya chilenos que sepan recordar con la debida veneracion a los propagadores de la civilizacion en este país.

Don Lorenzo Sazie i don Andrés Bello son nombres que llevan su elojio en sí mismos, un elojio duradero, protejido contra los rigores del tiempo por la gratitud o la admiracion; son nombres que pertenecen a muertos gloriosos cuya existencia terrestre no ha terminado, como la de los individuos vulgares, con la última palabra del sepulturero.

Los hombres que sobresalen por la filantropía o la ciencia desaparecen del mundo como los demas miembros del jénero humano; pero dejan en pos de sí un rastro luminoso que quizá se prolonga al traves de un gran número de jeneraciones, asegurándoles aun aquí abajo una especie de inmortalidad.

Don Lorenzo Sazie se levantó en vida un monumento grandioso en el afecto de las familias cuyos dolores alivió con el desinteres de un filántropo, con el cariño de un amigo.

Don Andrés Bello se elevó otro todavía mas encumbrado, todavía mas soberbio en los discípulos que educó para bien i gloria de Chile,

en las obras que compuso para provecho i honra de la América española.

Los dos, sin embargo, se distinguian por su modestia, tanto como por su mérito. Se hacian inmortales sin pretenderlo, pensando únicamente en servir a sus conciudadanos.

Los beneficios que han hecho están presentes en todos los espíritus. Para recordarlos, no tendremos que ir al cementerio a leerlos de paso i por casualidad en el bronce o el marmol de un mausoleo, sin que produzcan ninguna impresion profunda en nuessras almas.

Los señores Sazie i Bello han dejado en pos de sí, despues de su fallecimiento, algo mas que el pobre puñado de polvo a que se reduce todo lo que dejan en la tierra la mayoría de los míseros mortales.

Los restos de sus cadáveres no pesarian en la terrible balanza del poeta antiguo mas que algunas libras, mui pocas libras.

Sus sepulturas podrian ser medidas con dos pasos de un niño, segun la amarga espresion del poeta moderno.

Pero las nobles i caritativas acciones del uno serán por mui largo tiempo referidas con enternicimiento en el hogar de las familias favorecidas. Los sabios consejos del otro darán por muchos años a nuestros gobernantes la pauta en las mas delicadas cuestiones; sus obras tan variadas, en las cuales se auna lo ameno i lo útil, serán estudiadas con fruto por una i otra jeneracion.

De los señores Sazie i Bello no podrá decirse que así como sus huesos son polvo, su memoria será olvido. Ellos no han menester el retumbante aparato del panejírico para que se intente salvarlos de esta segunda muerte. Los únicos interesados en que se mencionen sus hechos somos nosotros, para quienes sus pensamientos son lecciones; su vida, ejemplo.

No me cabe en esta ocasion la honra de enumerar sus méritos, de encomiar sus servicios, de glorificar sus virtudes.

No tendria ninguna competencia para trazar la práctica científica del señor Sazie, que será debida i oportunamente apreciada por la Facultad de Medicina.

Dos de mis colégas han recibido el especial encargo de hablaros en esta sesion del emininentísimo Rector cuya pérdida lamentamos.

Así, a fin de no molestar vuestra atencion contribuyendo a prolongar excesivamente el presente acto, voi a esponer de un modo suscinto i jeneral, omitiendo pormenores i cualquiera especie de desenvolvimientos, la idea dominante en el plan de trabajos adoptado por la Universidad.

Tratar tal materia vale tanto como ocuparnos en estudiar uno de los varios e interesantes aspectos bajo los cuales puede considerarse la existencia tan laboriosa i fecunda del señor Bello; porque el plan que paso a resumir brevemente era suyo, i porque su persona ofrece el ideal de lo que con él se pretende alcanzar.

El principal objeto de toda educacion intelectual es el recto ejercicio de la intelijencia, que habitúa a los alumnos a pensar por sí mismos imprimiendo actividad a sus facultades, i enseñándoles a hacer el uso mas acertado i lejítimo de ellas.

Pero el entendimiento humano no puede ejercitarse sin una materia, por decirlo así, sobre que operar.

El aprendizaje de los idiomas, de la Historia, de la Filosofía, de las Letras, de las Ciencias, es el que proporciona los hechos indispensables para el ejerccicio de la intelijencia.

El buen cultivo intelentual exije, pues, la práctica de dos operaciones diversas, a saber, la adquisicion del conocimiento de ciertos hechos, i el ejercicio combinado i conveniente de todas las facultades, sin desdeñar ninguna, con motivo de la adquisicion del espresado conocimiento.

Cada individuo necesita hacerse suyo, en cuanto le sea posible, el resultado de los ensayos o descubrimientos de los sabios, el fruto de las esperiencias del jénero humano. Esto es lo que consigue obteniendo el conocimiento de los hechos que se le presentan clasificados en los distintos ramos de estudio. El hombre instruido es un heredero favorecido que recibe un caudal de ciencia acopiado por una série de jeneraciones anteriores, a costa de las mas ímprobas fatigas. El ignorante es un pobre desheredado entregado a la impotencia de sus propios recursos.

Mas, por importantísima que sea la adquisicion de los hechos literarios i científicos de toda especie, no es suficiente por sí sola. Es preciso, indispensable, ademas, que la intelijencia, al conocerlos, se habitúe a reflexionar, tanto para poder comprenderlos, como para saber aplicarlos, i sacar de ellos las debidas consecuencias.

La educacion intelectual debe ser, no una simple retencion de nociones trasmitidas, sino una comprension razonada de ellas; en otros términos, no es asunto esclusivo de la memoria, sino tambien, i en la mayor parte, del raciocinio.

La precedente definicion del objeto de la educacion intelectual, es incontrovertible en teoría; pero su realizacion presenta en la práctica dificultades de todo jénero.

La primera cuestion séria que suscita es la de determinar el número i especies de hechos literarios i cieutíficos, esto es, de ramos diveros de estudio, que han de exijirse en jeneral a las personas educadas, i en particular a los aspirantes a las distintas profesiones.

Por fortuna, se halla resuelta entre nosotros, desde hace algunos años, de un modo satisfacctorio. Los planes de estudios de las naciones mas adelantadas de Europa que hemos adaptado a nuestra condicion, pueden reclamar algunas modificaciones; pero en lo sustancial son bien concebidos; i tienen a su favor la autoridad del ejemplo.

No sucede lo mismo respecto de la estension conveniente que ha de darse a los diversos ramos; pues acerca de esto, el sistema establecido deja todavía mucho mas que desear, siendo dificultoso fijar con precision los límites de la enseñanza de cada uno.

Hai dos estremos igualmente vituperables que evitar. No conviene dar un desenvolvimiento exajerado a la enseñanza de ciertas materias, ni resrrinjir demasiado la de otras.

Así el estudio del Catecismo no debe convertirse en el de la Teolojia, ni el de la Cosmografía en el de la Astronomía.

Por el contrario, el de la lengua patria no puede quedar reducido al de las reglas de los jéneros i conjugaciones.

Creo escusado multiplicar los ejemplos para aclarar lo que quiero espresar.

Es preciso, pues, determinar con cuidado la importancia relativa de cada ramo respecto de la ilustracion jeneral que todo honbre debe tender a adquirir, i respecto de las carreras especiales, a fin de poder fijar de esta manera el desarrollo que ha de darse a su enseñanza.

Indudablemente, el estado de cultura a que han llegado las sociedades modernas exije que las personas ilustradas posean una variedad de conocimientos bastante grande. Ya no les es permitido ignorar los rudimentos de la Jeometría o de la Física, o las nociones mas elementales de la Historia. Pero esto no faculta para que se agobie la tierna intelijencia de los alumnos bajo el peso abrumador de un enorme cúmulo de hechos. Se ha menester de sumo discernimiento para no confundir en esta materia lo útil con lo sepérfluo, la variedad con la hartura. Importa mucho que no se olvide, por ejemplo, que el jóven que cursa Latin o Historia de la Edad Media tiene que seguir simultáneamente otras clases no menos difíciles i laboriosas. La erudicion superficial forma pedantes, pero la demasiado prolija i escolástica puede secar en flor los injenios mas aventajados.

Mas la principal dificultad para plantear un buen sistema de enseñanza es el método.

La educacion intelectual se funda en el ejercicio de las dos facultades que podemos denominar, memoria i raciocinio.

Sin duda es de trascendental utilidad el poder retener el mayor número de los hechos, cuyo conjunto compone los idiomas, la Historia, la Filosofía, las Ciencias; mas los resultados que se obtengan serán sumamemente incompletos, a veces perjudiciales, si el alumno se ha habituado a recibir conocimientos enteramente elaborados por otros, sin darse cuenta de su formacion, sin empeñarse por analizarlos, sin tratar de comprobar su verdad o falsedad, sin adiestrarse en aplicarlos.

Bajo el imperio de una educacion esclusivamente por la memoría, la intelijencia humana se convierte, de fuerza productiva, en simple depósito de ideas ajenas cuyo sentido no se alcanza a comprender bien.

Así hai que trabajar en ejercitar el ráciocinio tanto como la memoria, o mejor dicho, mas que la memoria.

Por desgracia, jeneralmente hablando, sucede entre nosotros lo contrario.

Al maestro le es mas fácil cultivar la memoria que el raciocinio del discípulo; i a éste le es mucho mas sencillo aprender de memoria que reflexionar.

Segun el méto do comunmente seguido, el alumno se limita a repetir lo que lee en el texto o lo que oye al profesor, palabra por palabra, a lo menos idea por idea.

Solo camina bajo la mas inmediata vijilancia del maestro, bajo su direccion mas absoluta.

Mui pocas veces, quizá nunca, piensa por sí mismo

Todos sus conatos se dirijen a retener una doctrina que se le enseña frecuentemente sin acostumbrarle a aplicarla.

La sujecion del alumno a la palabra del maestro es tan completa, que por lo regular solo es capaz de verter al castellano el trozo latino o frances que ha traducido en la clase; o de resolver los problemas aritméticos o aljébricos cuyos cálculos i soluciones le son conocidos.

La gran reforma que hai que introducir en nuestro sistema de estudios es la de estimular la espontaneidad de los jóvenes, impulsándolos a pensar por sí mismos, a leer otros libros que sus textos, a aplicar las teorías que oyen a sus maestros.

La consecusion de tan interesante objeto es mas dificultosa de la que quizá pareceria a primera vista; pero es indispensable lograrla a fuerza de desvelos i de constancia; porque es el único medio de dar

a la instruccion pública una tendencia mas práctica i provechosa de la que hasta ahora ha tenido en Chile.

Los obstáculos, que a ello se oponen son muchos i de diversas clases.

Entre ellos no es por cierto el menor la falsa idea que se han formado los padres de familia de la importancia de la instruccion pública. La mayor parte de ellos anhelan, no que sus hijos aprendan realmente, sino que adquieran de cualquier modo el título que los habilita para ejercer una profesion científica con la cual puedan asegurarse medios de subsistencia. No se afanan porque posean con alguna perfeccion la Gramática o la Flosofía, sino porque se procuren como puedan los certificados de estos exámenes. Lo que quieren es que el jóven sea incluido en la matrícula de Médicos, Injenieros, o Abogados, aunque su ciencia sea poca o ninguna. ¡La práctica se la dará! Puede presumirse con fundamento que si los diplomas de Bachiller o Licenciado se vendieran a quien los pagase, sin averiguarse sus aptitudes, habria muchos que los comprasen, i pocos que frecuentasen las áulas.

Seria supérfluo insistir sobre el funesto influjo que tan absurda preocupacion debe ejercer en los jóvenes estudiantes. Desde que advierten que el único deseo de sus padres o tutores es que lleguen a ser Médicos, Injenieros i Abogados, de cualquier modo, sepan o no sepan, no es estraño que se empeñen solo en aprender de memoria ciertas especies de formularios que les permiten salir airosos en los exámenes.

En seguida, salvo honrosas exepciones, son Médicos, Injenieros i Abogados sin acordarse que estas diversas profesiones se hallan basadas en el estudio de ciencias que la mas larga vida humana no alcanzaria a agotar.

Se concebirá fácilmente que este erróneo concepto de las familias es un grande obstáculo para el reemplazamiento de los estudios gnemónicos por los reflexivos.

Sin embargo, la Universidad, en cumplimiento de su deber, ha hecho, i seguirá haciendo, los mayores esfuerzos para conseguir que se de a la juventud el verdadero cultivo intelectual, i que se reconozca la utilidad de la ciencia. No será culpa suya si los títulos de los individuos de las diversas profesiones son, en vez de conocimientos reales, simples trozos de vitela o papel marquilla en que vayan escritos certificados o diplomas otorgados a sujetos inhábiles.

Tal es el único sistema capaz de formar algunos de aquellos hombres que con sus luces impulsan el engrandecimiento de las naciones;

el único que puede producir individuos que se asemejen a don Lorenzo Sazie i a don Andrés Bello.

II.

TEMAS PARA LOS CERTÁMENES DE LAS FACULTADES.

Las Facultades han acordado los siguientes temas para los concursos de 1866:

Facultad de Filosofía i Humanidades.—*Jeografía física, descriptiva* e *histórica de Chile.*

Facultad de Matemáticas.—*Texto de Aritmética razonada para los cursantes de Humanidades en los Liceos.*

Facnltad de Medicina.—*Fiebre tifoidea en Chile; sus causas, desarrollo, tratamiento, i anatomía patolójica; sus diferencias de las enfermedades análogas de otros países.*

Facultad de Leyes i Ciencias políticas.—*Modificaciones que produce un concurso en las obligaciones activas i pasivas de un concursado.*

Facultad de Teolojía.—*Texto elemental de Historia eclesiástica para la enseñanza de este ramo en los establecimientos de instruccion secundaria.*

III.

INTRODUCCION A LA MEMORIA HISTÓRICA DEL SEÑOR VALDERRAMA.

SEÑOR VICE-PATRONO DE LA UNIVERSIDAD (1).—Señores:—No he elejido por tema del presente trabajo ninguno de esos grandes episodios históricos que, arrancados de las sombrias pájinas del coloniaje o de las gloriosas jornadas de nuestra emancipacion, hacen palpitar el pecho de indignacion o de entusiasmo. Escritores mas diestros han hecho ya casi por completo este trabajo, dándonos el espectáculo de aquellos memorables acontecimientos.

Mas modesta es mi tarea. Yo he tomado por tema una de las faces del movimiento intelectual del país, que, no por ser la mas estrecha de todas, deja de presentar el mas vivo interes. Las poesía, que apénas dió señales de vida en aquella época aciaga en que pesaba sobre nosotros el duro yugo de la esclavitud, nació con los albores primeros de nuestra independencia, se desarrolló modificándose bajo el influjo del movimiento literario de la Europa misma, i alcanzó en fin

(1) El señor Ministro de Instruccion pública don Federico Errázuriz

el estado en que hoi la vemos por la impulsion santa de la meditacion i del estudio.

La historia de la poesía en Chile pudiera parecer de poca importancia a los que solo miran el corto espacio de tiempo que ha tenido la poesía para desarrollarse, la direccion particular que ella ha tomado en las diferentes épocas de su existencia, i la falta de estímulo con que siempre se ha estrellado en su camino; pero no debemos olvidar que la poesía es una de las faces del movimiento intelectual de las naciones, i que como tal, debe representar un gran papel en la historia de su desenvolvimiento moral. El poeta que llora i exhala en sus doloridas estrofas toda la angustia de un corazon herido por el desengaño, no vierte esas lágrimas como suyas; son la espresion del alma nacional. Ella es la que palpita en sus cantos, ella la que vive en su espíritu, ella la que vibra en las destrozadas fibras de su corazon; i mañana, cuando alguno de esos buzos literarios quiera buscar en nuestra envejecida i muerta literatura el espíritu de esta época, le bastará tomar una de esas sentidas estrofas para ver la tendencia de nuestro espíritu literario i social.

I no puede ser de otro modo; en los cantos del bardo hai algo mas que un hombre, hai un poeta, es decir, un harpa melodiosa en cuyas cuerdas van a resonar los ecos de un siglo, los gritos de un pueblo, como las lágrimas de una mujer, el murmullo de las preocupaciones, como la vida íntima de las entrañas de una jeneracion. La poesía es, pues, como uno de aquellos huesos que el inmortal Cuvier encontraba en las escavaciones de Montmartre, i con cuya sola inspeccion resucitaba como por encanto alguno de esos seres jigantescos sepultados por los diversos cataclismos jeolójicos del planeta en que habitamos. El historiador ve en la poesía uno de los eslabones de la gran cadena intelectual de un país, i ese solo eslabon puede suministrarle datos suficientes para calcular la impulsion progresiva que ha presidido al desenvolvimiento jeneral de sus facultades. Considerada así la poesía, su significacion histórica se eleva a una altura considerable, i el historiador deja de ser el frio i descarnado narrador de los progresos de la poesía, para trasformarse en un verdadero ánjel de la resurreccion que llama a juicio a los injénios de otras edades i los coloca en frente de ese juez augusto i severo que se llama la razon humana. La historia de la poesía debe ser la historia del espíritu humano.

I no se diga que tan alta significacion solo puede dárse al drama i al poema épico; la estension nada influye en el carácter de los trabajos poéticos; *la poesía es un grito*, ha dicho un bardo frances, i no

son los mas profundos los gritos prolongados del corazon. El lirismo con su aparente fugacidad es tan significativo, está tan íntimamente relacionado con la vida jeneral de una nacion, que él solo es un precioso documento histórico al rededor del cual se agrupan lójicamente todos los otros momentos intelectuales de la existencia nacional, todos los otros rayos que forma el sol resplandeciente del progreso. Por esta razon, cuando despues de largas i pacientes investigaciones hemos llegado a descubrir algunos cantos sepultados en la profunda oscuridad de una civilizacion perdida, el escalpelo del análisis nos hace ver en esas vagas manifestaciones de la intelectualidad una faz del movimiento progresivo de aquella época, i esa faz es la antorcha que nos conduce al descubrimiento de los demas elementos que constituyen el cuadro de aquella civilizacion.

La mas pequeña excursion en el campo de la historia literaria prueba de una manera concluyente la verdad que acabo de espresar. Échese una mirada sobre la Francia del siglo XVIII. Un gran movimiento intelectual tenia lugar en aquella gran nacion; la duda habia abierto las puertas a la incredulidad; la reoganizacion social principiaba; Francisco Arouet esperaba el momento oportuno para comenzar su grande obra de destruccion; se negaba todo: se iba en pos de una nueva verdad. Voltaire aparece, i con él Diderot i D'Alembert, sus infatigables colaboradores. La Poesía, la Historia, la Filosofía, todo lo abraza la cabeza jigante del patriarca de Ferney; no sabe bien lo que quiere, no importa! él arroja luz por todas partes i marcha en busca de la verdad, sirviendo de antorcha a su siglo. Su inquietud no es una manera de ser de su espíritu; él es el espejo de su época, su ajitacion es la ajitacion de su país; su amor a la verdad no está en él solo, está en todas partes. Buffon escribe *Las épocas de la naturaleza*, Cuvier descubre la *Paleontolojía*, Jeoffroy Saint-Hilaire crea la *Anatomía filosófica*, la Botánica tiene la gloriosa familia de los Joussieu, Lavoisier lejisla en Química, Mechain i Delambre se inmortalizan midiendo el arco del meridiano que pasa por Paris, i todas las ciencias marchan con el espíritu investigador que brilla en las obras de los escritores del siglo. Aquí la historia de la literatura es tambien la historia del espíritu humano; Voltaire es la Francia intelectual. El gran principio de la subordinacion de los hechos históricos se encuentra aquí completamente realizado, i detras de la sonrisa burlona de Francisco Arouet, pasan las figuras colosales de Buffon, Daubenton, Delambre, Lavoisier, Saint-Hilaire, eternas personificaciones de la Francia del siglo XVIII. ¿Qué hai de comun entre el *Diccionario*

filosófico del amante de la señorita de Livry i las inspiradas pájinas del autor de *Las épocas de la naturaleza*? ¿Qué relacion puede existir entre las últimas palabras de Chénier muriendo en el patíbulo i las incesantes investigaciones de Daubenton para dar a la Francia los merinos? Para los que miran una época con la detencion con que debe ser mirada, la relacion es clara: todos esos hombres trabajan en el mismo sentido, todos ellos tienen los ojos puestos en el porvenir, cada uno de ellos es un revolucionario especial encargado de reedificar una parte de la sociedad sobre las ruinas palpitadtes de un pasado odioso. El estilo mismo de los escritores de aquella época es apropiado a tan inmensa tarea, i Buffon escribiendo *Las épocas de la naturaleza* es tan grande, tan valiente escritor, que parece escribir sobre una roca creemos sentir, al leerle, el desgarramiento de la tierra que le abre sus entrañas, como si no comprendiera que no es posible resistir al jénio. Cuvier habia dicho: dadme un hueso, yo reedificaré sobre él todo el animal a que pertenece, i habia descubierto así la gran lei de la *subordinacion de los órganos*. El célebre paleontolojista no se figuraba talvez que el descubrimiento de aquel principio zoolójico era tambien aplicable a la historia; i yo creo que habria podido decir igualmente: dadme la historia de la poesía de un país cualquiera, yo me encargo de haceros la historia del progreso en ese país. Cuvier ha descubierto, sin saberlo, *la subordinacion de los hechos históricos*.

La realizacion de este principio es la reorganizacion del cuadro jeneral del progreso de un país cualquiera por el estudio de su poesía nacional; nada hai mas lójico que esta reorganizacion. Todas las intelijencias se tocan en un país, porque todas ellas viven bajo las mismas influencias instructivas, i, permítaseme esta espresion que pudiera parecer algo materialista, bajo las mismas influencias climatéricas. Los intereses son unos mismos, las tendencias se parecen, la personalidad individual desaparece en presencia de la gran personalidad de la nacion, i el poeta, el naturalista, el jurisconsulto i todas las intelijencias que representan los diversos elementos científicos del país toman diferente camino, pero prestándose al colorido de la patria, empapándose, por decirlo así, en la atmósfera del progreso jeneral. Esta semejanza entre los variados elementos que constituyen la representacion intelectual de un pueblo, es la que se observa entre los miembros de una familia o de una raza; semejanza vaga i mas fácil de comprender que de pintar, pero que no es por eso menos cierta; es el aire de familia, como se dice vulgarmente hablando de dos parien-

tes que no se parecen, pero cuyo parentesco se reconoce al instante. Esta analojía es la que nos permite reorganizar la vida intelectual de un país por el estudio de una faz de esa misma vida; la que nos da la historia de la civilizacion primitiva de la India en las sorprendentes pájinas del *Ramayana*, i en los jeroglíficos ejipcios la historia de los primeros pasos del espíritu humano en la senda del progreso indefinido.

I ¿qué seria del espíritu humano si no fuera posible esta reorganizacion? ¿qué seria de su historia? El progreso es uno, todos sus elementos constitutivos se desarrollan de una manera mas o menos proporcional i en lugares i momentos que no es dado preveer. Los grandes movimientos intelectuales de las naciones no son casuales, tienen su razon de ser, tienen siempre antecedentes obligados; i cuando llega para una nacion uno de esos momentos solemnes, cuando, removida desde sus cimientos, aguijoneada por el soplo abrasador del espíritu nuevo, se levanta de su lecho de angustias i siente la convulsion violenta de una grande aspiracion, entonces no son las artes, no son las ciencias las que se desarrollan aisladamente, es el espíritu humano todo entero el que marcha, son todas las brillantes manifestaciones del alma las que se desprenden de la nacion i forman su aureola de gloria i de grandeza. I ¿cómo estudiar todos estos elementos del progreso? Las ciencias, las artes han llegado ya a una altura considerable, el espíritu no puede abarcar su admirable i grandioso conjunto. ¿Es imposible su estudio? Nó; la razon humana, esa jigante personificacion de nuestra grandeza, encuentra el medio de sintetizar los conocimientos adquiridos; la relacion de los hechos la eleva a las altas jeneralizaciones que le permiten abrazar de una mirada la historia entera de la prejenie humana, i nuevo Prometeo, acerca incesantemente el fuego divino de la intelijencia para inmortalizar la estatua del progreso i trasmitirla intacta a la mas remota posteridad. Esta síntesis nos permite reducir a sus elementos sustanciales la historia del mundo, i nos enseña a ver en un solo eslabon toda la cadena de nuestros conocimientos. En otros tiempos el incendio de la Biblioteca de Alejandría deja al mundo huérfano de su saber; hoi la ciencia es inmortal, i para aniquilarla seria preciso incendiar el globo.

Bajo la influencia de esta conservadora lei histórica, cada ramo de nuestros conocimientos adquiere una inmensa importancia, porque, ya lo hemos dicho, cada uno de ellos puede ser la base sobre la cual se alce el edificio entero del progreso. La poesía se halla igualmente en este caso.

Esta reorganizacion de la historia del progreso por el estudio concienzudo de la poesía nacional necesita, para ser verdadera i exacta, que la poesía sea la espresion del país en que nace, sea verdaderamente orijinal. No pido esa orijinalidad absurda que consiste en despreciar todo lo que no salga de la patria, no me gusta oir decir a un poeta como Zorrilla:

Fálteme la luz del sol
Si algo impío o estranjero
Que haya en mis escritos quiero,
Que alcabo nací español.

No me gusta oírselo decir, sobre todo, cuando le hemos de ver seguir las huellas de un bardo estranjero sin alcanzar jamas a ponerse a su altura. La orijinalidad que pido es la compatible con la civilizacion, no es la orijinalidad de la barbarie.

Hubo una época en que las naciones vivian de sus propios recursos, se alimentaban de sus propias fuerzas; entonces cada país era un mundo aparte; la gran unidad del jénero humano estaba fracturada por el espíritu egoista de nacionalidad, i aquel estado, como todos los grandes períodos históricos de la humanidad, tenia su razon de ser, tenia sus causas particulares. El ilustre Gutemberg no habia recibido la divina inspiracion de *multiplicar los manuscritos.* Colon no habia grabado con el buril del jénio los contornos de la América sobre el mapamundi; el isocronismo de las oscilaciones del péndulo no habia sido descubierto por Galileo; Torricelli no habia entrevisto el barómetro; el holandes Drebbel no nos habia enseñado a medir la temperatura; Dionisio Papin no habia hecho sus esperiencias sobre el vapor; la electricidad no habia venido a acortar las distancias i a unir las naciones mas lejanas; en fin, la civilizacion, el progreso no habian roto los límites del espíritu para formar de los diversos países la gran familia humana.

En aquella época remota, crepúsculo sombrío del período presente, la orijinalidad debia ser el resultado de la necesidad; los grandes problemas sociales reposaban a la sombra del egoismo; la nacion era todo, la humanidad no existia. Pero hoi que los límites de los pueblos son puras cuestiones de topografía, hoi que las distancias han desaparecido i que el brazo omnipotente de la civilizacion ha allanado los montes; en un siglo como el nuestro en que los jénios pierden su nacionalidad para ser los hijos privilejiados de la especie humana, en que los espíritus se ocupan sinceramente de las grandes cuestiones que se refieren a la totalidad del globo, la orijinalidad ha perdido su

carácter primitivo, no es ya el aliento mismo de la patria manifestándose en todas sus peculiaridades, sino el fondo de un cuadro en el que mas de una vez tenemos que contemplar la figura augusta de nuestra especie. Así, el progreso ha trasformado la orijinalidad perfeccionándola.

I no podia ser de otra manera. Los Andes son de la América, los Alpes pertenecen al viejo mundo; pero las grandes aspiraciones no tienen patria; la libertad es del hombre i cada nacion puede cantarla sin perder su orijinalidad; cántala la América que ve en ella su engrandecimiento, murmura su nombre en silencio el esclavo moscovita, la ensalza la Polonia infeliz mientras abofetea su rostro ensangrentado la mano criminal de la barbarie, i donde quiera que penetra la luz de la civilizacion moderna, cada hombre le alza un altar en su pecho. La belleza, el arte, que fueron un tiempo el patrimonio de la antigua Grecia, hoi pertenecen al mundo entero; las mismas batallas, que fueron glorias nacionales, van siéndolo ya menos, i las naciones se glorian de luchar por la realizacion de los grandes principios que ha proclamado el espíritu moderno. ¿Qué queda pues de la orijinalidad de los tiempos pasados? Bien poca cosa: la poesía descriptiva, una galería de cuadros nacionales. Pero en cambio tenemos la orijinalidad de la civilizacion; el cuadro puede ser el mismo, pero el fondo lleva impreso el sello de la nacionalidad. Esa es la orijinalidad que exijo; con ella la poesía puede constituir lójicamente un elemento del progreso jeneral del mundo; sin ella no hai poesía nacional.

¿La poesía chilena tiene en la época presente esta condicion de orijinalidad de que acabo de hablar? Para resolver un problema semejante debo recordar que hablo de la orijinalidad considerada en su sentido mas elevado, de la orijinalidad que consiste, no en el colorido local, sino en la verdad del sentimiento, en la espontaneidad de los gritos que exhala el alma inspirada. Bajo este punto de vista me complazco en poder afirmar que, si el arte no ha llegado a la altura necesaria para ser un punto de partida en la historia del progreso de la nacion, tenemos poetas que son verdaderamente orijinales, que han descendido al fondo de su corazon para escuchar sus latidos, i han sabido espresar sus sentimientos en fáciles i armoniosos versos. Tan injusto seria negar este hecho, como suponer que nuestros poetas son orijinales. La orijinalidad no puede ser el patrimonio de todos; las grandes intelijencias están siempre en minoría; no nace el talento por todas partes, como no se pescan en todos los mares las preciosas perlas.

Si es verdad que no se puede negar la influencia que Victor Hugo, Espronceda i Zorrilla han tenido sobre la poesía contemporánea, si es bien conocido el entusiasmo que por esos tres poetas ha alimentado la juventud, no es menos cierto que tal entusiasmo no ha durado mucho tiempo; que nuestros bardos, cuando han llegado a la madurez de su talento, han comprendido que tenian en el corazon la mina inagotable de sus sentimientos que aun no habian esplotado, i que volviendo sobre sus pasos han probado que no necesitaban buscar la inspiracion fuera de sí mismos. A pesar de todo, nuestros poetas no han alcanzado a colocarse en orijinalidad a la altura que seria de desear. ¿Será siempre así? Voi a abrir su historia; estudiemos su pasado, contemplemos su presente, i habrémos sentado las dos premisas del silojismo de la historia cuya consecuencia es el porvenir.

Chile no era una nacion. Preciada joya de la corona española, era un pendiente con que se adornaba el altivo i vetusto leon peninsular. La robusta i graciosa india de Pedro Valdivia yacia arrodillada delante del trono de sus dominadores; se la heria en la frente, se la vendaba los ojos. La codicia i la brutalidad completaban esa crucificcion de la belleza i de la libertad. Si de vez en cuando la futura reina del Pacífico sentia el estremecimiento que acompaña a la incubacion de las grandes ideas; si, nigromántica divina de la independencia, veia en las rayas de su mano las gloriosas jornadas de Chacabuco i Maipú, i asomar tras las nevadas crestas de los Andes la figura colosal de San Martin; su época no habia llegado i comprimia en el seno sus justas i nobles aspiraciones. Sus grandes hijos no habian nacido todavía; era preciso esperar.

En semejante situacion, la voz se ahogaba en la garganta, i el chileno comprendia que antes de ser poeta es necesario ser hombre. Hé aquí la razon de la pobreza de la poesía del coloniaje. En esa época solo pudo haber dos clases de poetas: los cortesanos i los indiferentes. Fuera de algunas raras exepciones, fuera de algunos aficionados que escribian por distraccion, solo los cortesanos i los indiferentes se dieron a la poesía.

Pedro de Oña escribe su *Arauco domado*, el padre Lopez improvisa en jaranas i paseos sus graciosas i picantes estrofas, el agustino Oteiza exhala de vez en cuando sus injeniosas décimas, i el capitan de artillería don Lorenzo Mujica se divierte en improvisar por donde quiera, como si temiera morirse antes de dejar una prueba evidente de su habilidad. Estábamos en plena edad media, los frailes eran los depositarios del saber; anacronismo singular producido por la domina-

cion española en un país jóven i robusto, capaz de elevarse a la altura de su tiempo. Aquella poesía fué por esta razon una poesía impuesta, poesía falta de orijinalidad, casi nos atreveriamos a decir, una poesía servil. Los escritores españoles de los siglos XVI i XVII fueron la escuela de nuestros poetas del coloniaje, pésima escuela que debia arrancar a nuestros bardos su espotaneidad, que debia arrojarlos en la senda de la imitacion, que debia borrarlos de la historia de la poesía chilena. I esto es lo que ha sucedido. Oña es contado entre los poetas ibéricos en la *Biblioteca de autores españoles*, i si nosotros le hemos colocado en la historia de nuestra poesía ha sido solo para recordar que Oña nació en Chile, i que su intelijencia recibió la influencia de nuestro cielo i de nuestras montañas. Por otra parte, no es esta cuestion de tanta importancia, i la España, que recibió las exajeradas jenuflexiones del autor del *Ignacio de Cantabria*, debe comprender que arranca a Chile un versificador, pero no un ciudadano.

Triste pudiera parecer nuestro primer paso en la poesía, mirando toda una época formada por simples imitadores de la poesía española; pero si se hace abstraccion de las circunstancias que en aquella época rodearon a nuestros bardos, se ven con placer verdaderas disposiciones para brillar en el arte divino de Homero i Virjilio, i e trasluce el verdadero talento poético. Arranquemos por un instante de nuestra historia la negra pájina de la dominacion española; elevemos a esos mismos imitadores al conocimiento de sus derechos i de la dignidad de hombres libres, i verémos engrandecerse a nuestros ojos esos mismos bardos que cantaban entonces humillados por la esclavitud, i que hoi cantarian ennoblecidos por la libertad. Aquella dominacion, que pesó trescientos años sobre nuestro país, no podia durar mas tiempo; una nueva era se iba a inaugurar para Chile, i la poesía debia sufrir una profunda trasformacion.

Sobre el cuadrante jigantesco de la historia la aguja inexorable habia marcado la hora de la independencia de Chile. Los héroes de la patria escuchan aquella hora de redencion i acuden presurosos a esa cita solemne que tuvo lugar en los campos de batalla, i que dió por resultado la emancipacion del país. La lucha fué sangrienta; la constancia de nuestros opresores solo puede compararse a la audacia de nuestros soldados; por un instante la balanza de nuestra justicia eterna pareció vacilar entre los vencedores de Bailen i las indisciplinadas tropas de la futura República de Chile. La duda no duró por mucho tiempo; el cóndor de los Andes, ajitando sus fragorosas alas sobre el ensangrentado leon de los Pirineos, se lanza al fin sobre su

presa, i en los campos de Maipú la estrecha, la persigue i la hace exhalar el último suspiro entre sus garras vigorosas, Chile era libre.

No es difícil adivinar cual debia ser el carácter de la poesía de la independencia; nuestros héroes no habian limpiado todavía sus armas teñidas con la sangre de los enemigos, i en el memorable *callejon de Espejo* estaban aun impresas las huellas del heroico batallon que selló con su bravura la independencia nacional. Las primeras estrofas fueron un canto a la patria, un grito de amor a la libertad por tanto tiempo soñada, i alcanzada al fin con tanto heroismo. Aquel grito algo descompasado, que no tenía las modulaciones del arte, es sin embargo la espresion de la poesía de la independencia; grito inculto, monótono como el canto de algunas de nuestras aves, pero espontáneo, nuevo, orijinal.

Camilo Henriquez i Bernardo Vera entonan los primeros himnos patrióticos. El fraile de la buena muerte siente en el fondo del alma el patriotismo; sus himnos son fáciles, espontáneos; los improvisa a veces dejándose llevar por su noble amor a la libertad. El doctor Vera escribe nuestra primera Cancion Nacional, i la empapa en las ideas de la época; cancion amarga, sangrienta, pero bien hecha. Al terminar esta época, la poesía pierde su acritud, pero conserva su esencia.

Llegó el año 1842. El tiempo habia curado las heridas de la independencia; la poesía patriótica habia muerto; nadie cantaba. Pero se nos venia a decir del otro lado de los Andes que no teniamos poetas, i el pais no podia dejar sin contestacion un reproche semejante. Don *Salvador Sanfuentes* escribió *El Campanario*, i desde entonces hasta hoi hemos visto multiplicarse las producciones poéticas de una manera prodijiosa. *Sanfuentes* prueba que tenemos disposiciones para la poesía; *Lillo* nos encanta con la majia de sus admirables estrofas; *Guillermo Blest* nos embriaga con sus melancólicos sueños; *Matta* nos conmueve haciéndonos escuchar las briosas entonaciones de su arpa sonora; *Hermójenes Irizarri* nos arrebata con las gracias de su poesía diáfana i correcta. En fin, al terminar la época contemporánea muchos jóvenes, que son ya notables por sus trabajos poéticos i que pueden ponerse al lado de los que acabamos de citar, completan la gran corona poética del país. Solo su edad puede hacer que los nombremos despues de los precedentes, pues entre ellos brilan jóvenes de la mas alta capacidad: *Domingo Arteaga Alemparte*, poeta tierno i sentido, espíritu ilustrado i gran conocedor de la lengua; *Eduardo de la Barra*, cantor galante, estudioso i simpático; *Martin José Lira*, bardo del sentimiento; *Olavarrieta*. matemático i poeta, que ha sabido

elevar su modestia a la altura de su habilidad; *David Campuzano,* suave i misterioso bardo de la noche; *Luis Rodriguez*, poeta valiente i fácil; *Emilio Bello,* digno hijo del ilustre autor de la *Restauracion del poema del Cid*; i tantos otros que seria largísimo citar, son algo mas que esperanzas, son ya la gloria de la poesía nacional.

Al terminar esta reseña me complazco en recordar aquí a dos señoras que honran la literatura nacional, i cuyos trabajos son bien conocidos: doña Rosario Orrego de Uribe i doña Mercedes Marin de Solar.

En las diversas épocas de la poesía chilena ha habido ademas una poesía menos ilustrada, pero no menos orijinal: es la poesía del pueblo; son las *tonadas* de nuestros campesinos, los *corridos* del *rancho,* las *pallas* de la *chingana.* Para comprender este jénero de poesía es preciso acercarse a ese entresuelo de nuestra sociedad que se llama el *roto,* es necesario contemplarlo con el sombrero echado maliciosamente sobre la oreja, teniendo en la mano el pañuelo de cuadros sobre que reposa el clásico *potrillo* rebosando de tentadora *chicha*; es preciso esperar que llegue ese momento indescriptible en que la reina de la fiesta se ha puesto el sombrero del *roto* preferido, despues de haberlo adornado de cintas. Entonces el *roto,* poco ántes alegre, se torna melancólico, i en ocasiones dirije a su querida las mas exjeradas alabanzas en estrofas impregnadas de la mas incuestionable orijinalidad. Solo cuando se ha visto eso, es posible preciar nuestra poesía popular i comprender la gracia, la oportunidad que se observa en ella.

En resúmen, estudiando la historia de nuestra poesía, encontramos: imitacion en la época del coloniaje; poesía orijinal, pero desaliñada, en la época de la independencia, manifestándose por himnos patrióticos i cantos a la libertad; en la época contemporánea la alta orijinalidad del sentimiento, e innegable progreso del arte; en la poesía popular falta de instruccion e incuestionable orijinalidad, i en todas las épocas las muestras inequívocas de nuestras bellas disposiciones para brillar en este arte divino.

¿Qué debemos esperar de nuestra poesía? Debemos esperarlo todo. El talento nace en este país privilejiado; la industria se propaga con una rapidez que casi alcanza a las aspiraciones de nuestra impaciencia, la libertad no tiene mas trabas que las que queremos ponerle. Agregad a todo eso los Andes, los jigantescos Andes, cuyos elevados picos parecen poner este bello país en comunicacion con el cielo; los bosques inmensos, que la primavera engalana con vistosísimas flores;

el mar, que lucha enteramente contra las desnudas rocas de nuestras playas, i tendréis elementos que no pueden menos de producir el engrandecimiento de la poesía nacional, i añadir así un nuevo diamante a la coronada frente de la República.

IV.

ELOJIO DEL SEÑOR DON ANDRÉS BELLO.

Señor vice-patrono de la Universidad:—Señores:—Al reunirse en claustro pleno para celebrar el vijésimo segundo aniversario de su instalacion, la Universidad de Chile lamenta con profundo dolor, la falta del mas venerable de sus miembros, del sabio eminente que la habia presidido desde su creacion. La muerte del señor don Andrés Bello ha dejado vacante entre nosotros un asiento que será ocupado por la disposicion de la lei, pero que quedará vacío largos años en lo que respecta a la pasion ardiente por el estudio, i a la inmensa estension de los conocimientos. Poeta, literato, crítico, filólogo, filósofo, publicista, jurisconsulto, diplomático i lejislador, don Andrés Bello no fué estraño a las ciencias exactas i naturales, cultivó con amor singular los mas variados ramos del saber humano, i compuso libros admirables que revelan el poderoso vigor de su intelijencia i que han sido estimados como obras maestras de ciencia i de sagacidad.

El señor Bello habia pasado los límites ordinarios de la vida humana. La muerte ocurrida a la edad de ochenta i cinco años no puede considerarse prematura. Los achaques de la vejez le impedian tomar una parte activa en los debates universitarios. No era posible esperar que en tan avanzada edad viviera consagrado a los estudios que requieren el vigor de la juventud, ni que compusiera nuevas obras sobre alguna de las ciencias que habia cultivado. ¿Por qué, entónces, la Universidad ha lamentado con tan visibles manifestaciones de sentimiento la muerte del ilustre sabio que la presidia? Porque el nombre de don Andrés Bello daba gloria i prestijio a esta corporacion: porque aunque viejo i achacoso, conservaba todavía sus dotes intelectuales i era consultado en todos los asuntos que requerian juicio sano i recto, i conocimientos variados i profundos.

Don Andrés Bello, que consagró al servicio de Chile los años mas útiles i laboriosos de su larga carrera, no era chileno de nacimiento. Nació en Carácas en 1780; i allí, en la oscura capital de una colonia española, en un modesto convento de frailes mercenarios, hizo sus

primeros estudios, aprendiendo no solo las reglas de la gramática latina i la rutina del arte de traducir, que era lo que enseñaba a todos, sino tambien la lójica del lenguaje. Por causas estrañas a su voluntad no alcanzó a terminar ninguna de las carreras profesionales a que podian aspirar los colonos. El célebre Alejandro de Humboldt, que visitó a Carácas en 1800 i que conoció allí al jóven Bello, temió que su esterior, aparentemente débil, fuera el signo de alguna enfermedad orgánica, i aconsejó a sus padres que lo apartaran del estudio. Es digno de notarse que el profundo jurisconsulto, autor del Código civil chileno, no obtuvo nunca el título de abogado.

Apartado de esta manera del colejio, don Andrés continuó con su ardor ordinario los estudios de gramática i de literatura. Habiendo oido hablar de los escritores franceses como de algo mui maravilloso, se proporcionó una gramática de esa lengua, estudió todas sus reglas i llegó en breve a traducir corrientemente las obras de Lafontaine i de Molière. Un dia que uno de sus maestros lo sorprendió leyendo las trajedias de Racine, le dijo con doloroso pesar: "Es lástima, amigo mio, que Ud. haya aprendido el frances." Para comprender el alcance de esta espresion, es preciso recordar que el gobierno español creia como una verdad incontestable que todos los libros franceses contenian máximas revolucionarias i que servian solo para formar rejicidas como Danton i Robespierre.

Veinte años tenia Bello cuando se vió forzado a cortar sus estudios legales. Los amigos de su familia solicitaron para él un destino que acababa de crearse en la secretaría del gobierno de Venezuela; pero como eran muchos los aspirantes a aquel puesto, el capitan jeneral exijió que todos ellos redactasen una nota sobre ciertos asuntos del servicio para preferir al que presentara la mejor. Don Andrés obtuvo el premio en aquel certámen. Entónces comenzó para él la carrera de empleado, que Bello no comprendia como un medio de tener asegurada la subsistencia, sino como un campo en que ejercitar la infatigable laboriosidad de su espíritu. Hizo un estudio prolijo de la administracion colonial, i aprendió el ingles, así como ántes habia aprendido el frances, esto es, con la ayuda de una gramática i un diccionario, para interpretar las comunicaciones diplomáticas de los ajentes de la Gran Bretaña, que a principios de este siglo fueron mui frecuentes en las colonias españolas inmediatas al mar de las Antillas.

Ese período de tareas administrativas fué tambien para Bello una época de constante estudio. Fortificado con los mejores conocimien-

tos literarios que era posible adquirir en Venezuela, i leyendo atentamente cuanto libro caia en sus manos, alcanzó en poco tiempo una variada instruccion. Su espíritu observador lo arrastró desde luego a los estudios filolójicos. El conocimiento de las lenguas estrañas le permitió estudiar los escritos de algunos filósofos modernos. Pero el movimiento intelectual iniciado en Carácas, gracias al impulso que le daban ciertas tertulias literarias, era demasiado superficial para que los ensayos de metafísica i de filolojia tuvieran aceptacion. Bello se vió obligado a reducir por entónces el campo de sus trabajos; i su amor por la literatura clásica lo inclinó al cultivo de la poesía. Compuso sus primeros versos para leerlos en los círculos literarios, tradujo una trajedia de Voltaire i un canto de la Eneida, i escribió odas, sonetos i églogas. A juzgar por las pocas muestras que nos quedan de aquellas poesías, don Andrés manifestó desde sus primeros ensayos la pureza de lenguaje, la severidad de gusto i el rigoroso esmero que distinguen los escritos de sus mejores años.

En ese mismo tiempo, Bello se ocupó en dar lecciones privadas a varios jóvenes de Carácas. Enseñaba gratuitamente el latin, la filosofía i la jeografía, los únicos estudios literarios que entónces se hacian en las colonias españolas. Uno de sus discípulos, el mas distinguido, sin duda, por su intelijencia, pero no el mas aprovechado, fué Simon Bolívar. Cuando el célebre libertador de Colombia se hallaba en el apojeo del poder, recordaba este hecho en una de sus cartas: "Bello, decia, es mui digno de ocupar un puesto importante en su patria. Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mio. Fué mi maestro cuando teniamos la misma edad, i yo le amaba con respeto."

A esto estaba reducida la vida literaria en las colonias hispano-americanas. Si aquel réjimen se hubiera mantenido largos años mas, Bello habria sido lo que era ántes de 1810, un poeta celebrado en las tertulias que no podia publicar sus versos por falta de imprenta, un buen profesor de latin i un empleado intelijente i laborioso. Los otros ramos del saber, a lo ménos de la manera que los comprendia Bello, eran plantas exóticas en la sociedad colonial. El levantamiento de 1810 vino a cambiar aquel estado de cosas i a abrir a su singular aplicacion nuevos i mas vastos horizontes.

Don Andrés Bello no tomó una parte activa en los sucesos que prepararon la revolucion de Venezuela, porque allí, como en Chile, el movimiento fué dirijido en sus primeros pasos por los personajes mas caracterizados por su edad, su posicion i su ofrtuna; pero al dia

siguiente de instalado el gobierno revolucionario, los miembros de la junta gubernativa quisieron utilizar sus talentos i le encargaron la redaccion de aquellos documentos que requerian mayor pulso para no comprometer imprudentemente la causa de la revolucion. Poco despues, en junio de ese mismo año, don Andrés fué enviado a Lóndres en union de Bolívar i de López Méndez, para solicitar del gobierno, ingles que dispensara su proteccion a la revolucion de Venezuela.

Esa mision, al parecer accidental, vino a fijar la suerte posterior de Bello. La revolucion venezolana, triunfante a veces, otras vencida, pero siempre marcada con los rasgos del heroismo mas sublime, se mantuvo por sus propios esfuerzos, porque sus ajentes no alcanzaron en Europa la proteccion que pedian. Por eso mismo, las ocupaciones diplomáticas dieron tiempo a Bello para consagrarse con mayor ardor a sus estudios favoritos. En Lóndres halló lo que no habia encontrado en su patria, ricas bibliotecas en que estudiar i sabios eminentes con quienes consultarse. Don Andrés dió rienda suelta a la infatigable actividad de su intelijencia, i abrazó un vasto campo de estudios en muchos ramos del saber humano. Estudió el griego para leer en su orijinal los grandes poetas i pensadores del mundo antiguo. Aprendió el italiano, el portugues i el limousin, para conocer todas las lenguas que como el español i el frances se derivan del latin. Estudió las obras de los filósofos modernos, i llegó a formarse una teoría propia que desarrolló mas tarde en una obra que ha quedado inédita, pero que será sin duda uno de los títulos mas sólidos de su gloria.

Permitidme recordaros aquí uno de los pocos hechos relativos a la vida de don Andrés Bello que no ha sido consignado por sus ilustrados biógrafos. En la biblioteca pública de Lóndres, don Andrés trabó amistad con un escritor ingles, Mr. James Mill, el sabio historiador de la India, que ocupaba todavía en aquella época una posicion mui humilde en la república de las letras. Mill ganaba la vida dando forma literaria a los apuntes i pensamientos sueltos que consignaba cada dia en el papel el célebre publicista Jeremías Bentham. Bello se asoció a Mill en este modesto trabajo de coordinacion; i poniendo en órden las ideas del gran filósofo, su espíritu observador descubrió nuevos horizontes en el campo de la metafísica i de la moral. Don Andrés se asimiló las teorías de aquel hábil maestro, despojándolas de las exajeraciones con que sus adversarios han querido desacreditarlas.

La incansable actividad intelectual de Bello no se limitó a esto solo. En el estudio profundo de los clásicos castellanos i de los precep-

tistas de esta lengua, don Andrés adquirió la conviccion de que la gramática de nuestro idioma, su prosodia i su métrica habian sido estudiadas bajo una falsa luz, encuadrando la lengua castellana a las reglas de la gramática latina, así como los pincipios de la prosodia i de la métrica estaban fundados sobre el sistema de los preceptistas romanos. Despues de un estudio de muchos años, Bello sentó majistralmente las bases de un sistema enteramente orijinal, apoyado en la índole de la lengua i de la versificacion castellanas, i al cual dió despues mayor desarrollo en obras imperecederas.

Fué esa tambien la época en que Bello comenzó a hacer sus profundos estudios literarios i filolójicos sobre la edad media, i particularmente sobre ese jénero de literatura denominado caballeresco, que ilustró entonces i despues con la publicacion de escritos en que se alternan la mas variada erudicion i la mas esquisita sagacidad. En este como en todos los ramos literarios que cultivó, don Andrés llegó a conclusiones enteramente orijinales, basadas no sobre el prurito de una fútil novedad, sino sobre la observacion atenta i prolija de los libros de caballería. El resultado de sus observaciones fué una obra escrita en ingles, sobre la crónica fabulosa de Turpin, que hasta ahora permanece inédita. Los escritos que sobre esta misma materia dió a luz en Chile en años posteriores, revelan cuán grande era la profundidad de su erudicion i cuán maravillosa la penetracion de su espíritu investigador.

Pero el mas notable de los trabajos literarios a que por entonces se consagró, tuvo por oríjen el poema del Cid, el monumento mas venerable de la primitiva literatura castellana, i que habia permanecido inédito hasta fines del siglo pasado. Don Andrés no pudo consultar el manuscrito de aquel poema; pero estudiando la edicion que habia dado a luz en Madrid don Tomás Antonio Sánchez, descubrió en ella errores i defectos de toda especie, nacidos de descuidos mas o menos graves, de falta de conocimiento del español antiguo i de poca intelijencia del orijinal. Bello emprendió una obra monumental de erudicion i de paciencia: se propuso nada ménos que rehacer el poema dándole su verdadera forma, mediante un estudio laborioso de cada uno de sus versos i de cada una de sus palabras, i apoyándose en sus inmensos conocimientos, de historia, de filolojía i de arqueolojía. Los que hemos podido examinar algunas partes de este trabajo colosal de ciencia i de observacion, concluido hace algunos años, sabemos que está destinado a dar una nueva luz i a abrir horizontes nuevos para el conocimiento de la primitiva literaturra castellana.

En medio de tan variados estudios, Bello continuó cultivando la poesía. Compuso himnos patrióticos i morales i principió un poema descriptivo titulado *La América*, en que queria celebrar la magnífica naturaleza del nuevo mundo i las proezas de sus hijos para hacerse independientes. Formado en el estudio de los poetas de la antigüedad, i conocedor de todos los recursos de nuestra lengua, don Andrés dió a su obra ese sabor clásico a que no pueden aspirar los escritores vulgares, i las revistío con las formas mas puras, mas elegantes i mas correctas a que sea posible alcanzar. Desgraciadamente, aquel poema que habria sido en su jénero el primero i quizá el único de nuestra lengua, quedó inconcluso. Solo fueron terminados tres fragmentos, cada uno de los cuales puede ser considerado una obra maestra. Uno de ellos, en que canta la agricultura de la zona tórrida, es juzgado, aun por los críticos españoles, como una de las mejores piezas poéticas que se hayan dado a luz en nuestro idioma en el presente siglo. Bello, guiado por su aficion a la literatura caballeresca, emprendió entónces tambien la traduccion de un poema italiano, el *Orlando* de Boyardo, del cual alcanzó a vertir al castellano los primeros doce cantos, ataviándolos de introducciones orijinales, en que se nota un esquisito buen gusto, una festividad discreta i una maravillosa facilidad de versificacion.

Tantos trabajos i tanto estudio, capaces de absorber la actividad i la intelijencia de muchos hombres, dejaban, sin embargo, tiempo a Bello para atender a los deberes que le imponia su cargo de ajente del gobierno de Venezuela, i la necesidad de proporcionarse la subsistencia dando lecciones de lenguas vivas i de otros ramos de literatura. Fué el preceptor de algunas familias acaudaladas, i el maestro de encumbrados personajes. Su nombre era considerado en los círculos literarios. En 1815 una asociacion católica de Londres, queriendo hacer una edicion correcta de la traduccion latina de la Biblia, pidió a Bello que se encargase de su revision. En ese mismo año, el gobierno revolucionario de Buenos Aires lo llamaba a aquella ciudad para que fuese a hacerse cargo de la direccion de la enseñanza. Poco tiempo despues, la prensa de Madrid, a pesar de la animosidad de la guerra, le tributaba grandes elojios al reproducir una de sus composiciones poéticas. M. Renouard, el sabio historiador de la literatura de los trovadores, citaba con respeto las opiniones de Bello sobre diversos puntos de la antigua literatura castellana. Para que la gloria de don Andrés fuera mas grande todavía, uno de los mas distinguidos literatos de la España moderna, miembro de las academias de Madrid,

publicaba como propias las eruditas disertaciones sobre el oríjen de la versificacion castellana que habia dado a luz en Londres el sabio americano (1).

Pero Bello habria sido solo un gran literato, el autor de libros admirables por su ciencia i su penetracion, capaces de dar gloria en Europa al nombre americano, si una circunstancia providencial no lo hubiera llamado a ejercer una influencia mucho mas importante i mas directa sobre la civilizacion de las nuevas repúblicas de América. Las visicitudes de la guerra de la independencia de Venezuela i de Colombia dejaron muchas veces a Bello sin destino alguno. Bolívar, el vencedor de Carabobo i de Junin, el antiguo discípulo i el constante admirador de don Andrés, quiso mas de una vez castigar ciertos rasgos de independencia de su antiguo maestro manteniéndolo alejado de los destinos públicos o sometiéndolo a una posicion humillante. La legacion de Chile en Londres aprovechó esta situacion para utilizar los inmensos conocimientos de Bello. Don Andrés fué el consejero de nuestros representantes en la difícil empresa de obtener el reconocimiento de nuestra independencia; i cuando se hubo terminado aquella importante mision, se le contrató para venir a Chile a servir en la secretaría de relaciones esteriores (1829).

Solo entónces se abrió para don Andrés Bello un campo capaz de dar ocupacion a la infatigable actividad de su intelijencia i a la suma inmensa de profundos conocimientos que habia adquirido en diez i nueve años de estudio constante en las bibliotecas de Londres. Don Andrés iba a ser en Chile el hábil consejero de nuestros hombres de estado en la direccion de las relaciones diplomáticas, el maestro de ciencias desconocidas o estudiadas mui imperfectamente en nuestro país, el laborioso reformador de todo cuanto existia en materia de instruccion pública, o mas bien dicho, el verdadero fundador de la enseñanza séria i razonada que ha constituido mas tarde uno de los mas justos títulos de orgullo de nuestra patria, i la mas sólida manifestacion de nuestro progreso.

Bello ha consagrado a esta grande obra los últimos treinta i seis años de su vida. Tocaba en los cincuenta cuando pisó nuestro suelo, pero su espíritu estaba lleno de actividad, así como su corazon estaba lleno de ese entusiasmo tranquilo que solo poseen los hombres de un gran carácter. Al lado de nuestros ministros de estado fué siempre el

(1) Don Eujenio de Ochoa, miembro de la real academia española i de la academia de la historia, publcó a la cabeza del *Tesoro de los romanceros españoles* una erudita disertacion sobre el oríjen del asonante que don Andres Bello habia dado a luz en Londres en el *Repertorio americano.*

consejero de la moderacion, de la templanza i de la dignidad. Un país nuevo, oscuro, pobre, débil, debia distinguirse, segun él, por su lealtad en sus relaciones con los otros pueblos como un medio para conseguir el que estos nos respetaran. Bello elevó el tono de nuestra diplomacia por medio de documentos meditados con maduro estudio i escritos en un lenguaje digno i correcto. Al mismo tiempo, i en su carácter de redactor del periódico oficial, discutió en la prensa con gran mesura i grande elevacion, las mas complicadas cuestiones internacionales, ya para dirijir la opinion pública de Chile, ya para dar a conocer a otros pueblos cuál era la línea de conducta que nuestro gobierno se habia trazado.

Vosotros sabeis cuan grande ha sido el prestijio que alcanzó la direccion de nuestras relaciones esteriores desde el tiempo en que Bello fué el consejero i el secretario de nuestros ministros, i cual fué el crédito que el mismo don Andrés se conquistó en Chile i en el estranjero. En muchas ocasiones, diversos gobiernos americanos consultaron su opinion en las mas graves cuestiones de política esterior. Mas tarde, recibió otras pruebas no ménos notables de la confianza que se tenia en su rectitud i en su ciencia. En 1864 el gobierno de los Estados Unidos sometió a su arbitraje una cuestion pendiente con la república del Ecuador. El año siguiente, los gobiernos del Perú i de Colombia sometieron a su desicion otro negocio análogo. Si Bello hubiera vivido algunos años mas, i si su salud le hubiese permitido consagrarse a un trabajo penoso, con la asiduidad de sus mejores tiempos, habria sido el árbitro elejido por muchos gobiernos americanos para desidir sus cuestiones internacionales.

Pero, por valiosas que sean estas distinciones, por mas que ellas solas habrian bastado para constituir la gloria de otro hombre, Bello ocupa en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual i moral un puesto mucho mas importante. Profesor de ramos superiores en nuestros colejios, miembro de las juntas inspectoras de educacion, i mas tarde rector de nuestra Universidad, don Andrés conoció en poco tiempo todos los defectos de la rutina antigua en materia de enseñanza, i trató de ponerles un remedio pronto i eficaz. Conocia, sin embargo, que la reforma radical de los estudios en Chile iba a encontrar sérias dificultades; i por eso moderó su impaciencia e introdujo las innovaciones gradualmente hasta colocar nuestros estudios en un grado de elevacion i de seriedad a que no era posible aspirar en tan pocos años. Abrió una clase de derecho romano para enseñar las bases sobre que reposa la jurisprudencia moderna; i como faltara un libro adaptado a

las necesidades de la juventud, compuso uno, mui corto es verdad, pero lleno de doctrinas espuestas con la mas lójica solidez. Faltaba un libro para la enseñanza del derecho internacional; i Bello escribió uno en que se hallan agrupadas con singular habilidad i con abundante erudicion todas las teorías necesarias para adquirir un conocimiento completo de ese importante ramo del derecho público. La obra que con tanta modestia destinaba Bello solo a la instruccion de la juventud chilena, ha obtenido en nuestro país tres ediciones, ha sido reimpresa en Carácas i en Paris, traducida a varios idiomas i citada como autoridad por eminentes tratadistas. En España, ese libro, obtuvo los mismos honores que los escritos de don Andrés sobre la primitiva versificacion castellana. Un ministro de estado lo copió palabra por palabra i lo dió a la prensa bajo su propio nombre (1).

Bello se ocupó tambien de la literatura i de la lengua. Bajo sus auspicios, uno de sus hijos i de sus discípulos, don Francisco Bello, una de las mas ricas esperanzas de la literatura chilena, arrancada de esta vida en la flor de su juventud por una cruel enfermedad, compuso una gramática latina destinada a dar al estudio de este idioma la elevacion filosófica. El mismo don Andrés, poniendo en órden los estudios filolójcos que habia publicado en Londres, i dándoles un conveniente desarrollo, escribió para la enseñanza de la juventud libros monumentales de ciencia i de observacion. Su *Gramática castellana* es sin disputa la primera obra que se haya dado a luz en su jénero. Fundadas en principios casi siempre nuevos, las teorías gramaticales de don Andrés Bello descansan en el estudio prolijo de la índole de nuestro idioma, i se apartan radicalmente de la rutina que habia encerrado sus reglas en los límites de la gramática latina. Don Andrés Bello ha hecho de la enseñanza de nuestra lengua un curso de lójica, completamente filosófico, destinado a desarrollar la intelijencia de la juventud por medio de la observacion i del raciocinio. Como complemento de aquella obra admirable, preparada por Bello desde muchos años atras, habia dado a luz de antemano sus *Principios de ortolojía i métrica de la lengua castellana*, en los cuales, apartándose completamente de los preceptistas españoles que buscaban en el latin reglas que aplicar a nuestro idioma, sentó las bases de la prosodia i de la versificacion castellanas. Esa obra eminentemente orijinal, le valió el título de miembro honorario de la academia española.

Pero la accion de Bello para fomentar el desenvolvimiento de la

(1) Don José María Fando, ministro de relaciones esteriores en España en 1823.

instruccion en Chile no se limitó a esto solo. Compuso un tratado de cosmografía, notable por su claridad, por la exactitud de sus nociones i por el buen método de su esposicion. Escribió tambien un bosquejo histórico de la literatura antigua destinado a la enseñanza, i publicó numerosos escritos para analizar algunos libros cuyo conocimiento convenia jeneralizar en Chile, o para discutir importantes cuestiones de literatura i de filosofía.

Tanta ciencia i tanta laboriosidad fueron premiadas por la gratitud de todos los chilenos. Jamas hombre alguno gozó entre nosotros de una estimacion mas universal. En 1843; a la época de la organizacion de la Universidad de Chile, don Andrés Bello fué designado por la opinion i encargado por el gobierno para presidir esta corporacion. El voto unánime, puede decirse así, de todos sus miembros, lo reelijió para ocupar este mismo puesto en cuatro elecciones consecutivas. La Universidad de Chile no ha tenido desde su fundacion mas que un solo rector, i ese era la mas alta ilustracion literaria de la América latina. En el desempeño de este cargo, Bello pudo ejercer su benéfica influencia sobre el progreso de la enseñanza, mediante la perfeccion de los métodos i un estudio prolijo de todas las reformas que podian introducirse en la instruccion pública. Nosotros lo hemos visto hasta en los últimos años de su vida, dirijir las discusiones universitarias, ilustrarlas con su saber inmenso i con su grande esperiencia, i velar con constante anhelo por los altos intereses que le estaban encomendados.

Pero Bello tuvo otra mision no menos importante que desempeñar en Chile. Miembro del senado en dos períodos consecutivos, tomó parte en la discusion de varias leyes, formuló por si mismo muchas otras, que fueron aprobadas por el congreso, i compuso en este jénero una obra inmortal que revela cuan grande era la estension de sus conocimientos i cual la penetracion de su espíritu profundamente observador.

Se cree jeneralmente que la jurisprudencia fué el estudio favorito de Bello desde sus primeros años, i que solo así pudo prepararse para componer esa obra maestra de sabiduría i de sagacidad que se llama el Código civil chileno. Sin embargo, don Andrés era casi enteramente estraño a aquella ciencia cuando pisó nuestro suelo: apénas habia estudiado algunas cuestiones legales por incidencia, i como un medio de profundizar algunos puntos de la literatura o de la historia. En Chile, en medio de las mas variadas ocupaciones, halló tiempo para consagrarse a un estudio en que su infatigable laboriosidad habia de encontrar infinitos placeres. Bello sabia estudiar; comen-

zaba siempre por el principio, i no pasaba adelante sino cuando su intelijencia penetrante habia echado las bases de uno de los ramos del saber humano. Se inició en esa ciencia estudiando a fondo la jurisprudencia de los romanos. Abierto el camino de esta manera, lo demas no le ofreció dificultad ninguna. El estudio atento i prolijo de las lejislaciones modernas i de sus mas acreditados espositores, hizo comprender a don Andrés que la manera de formar un código civil para la república chilena no era reunir una compilacion de disposiciones tomadas de los otros códigos, sino adaptar a nuestras necesidades i a nuestra manera de ser las doctrinas jurídicas mas sanas i los últimos adelantos de la ciencia del derecho. Esta fué la obra que emprendió i que llevó a cabo con tanta felicidad i acierto don Andrés Bello. El Código civil chileno, aunque es el resultado del estudio de la lejislacion de otros países mas adelantados, es tambien el fruto de la meditacion de un gran sabio que conocia el país para quien lejislaba, i la feliz adaptacion de los progresos de la ciencia a las necesidades de una sociedad.

Tales fueron los servicios que en treinta i seis años de constante labor prestó a Chile don Andrés Bello. Al recordaros sus trabajos literarios i científicos me he quedado mui atras en el elojio que merecen las obras de un sabio tan eminente, porque, como vosotros sabeis, nuestro ilustre rector poseía en sí solo la ciencia que rara vez suele hallarse en muchos hombres distinguidos. Junto con el sabio venerable, Chile ha perdido al gran ciudadano, al excelente padre de familia i al bondadoso i modesto consejero de la juventud que se iniciaba en la carrera de las ciencias i de las letras. En el hogar doméstico, don Andrés estimulaba entre los suyos el amor por los estudios sólidos, por la lectura de los buenos libros i por el cultivo de la intelijencia. Aun en sus últimos años componia poesías admirables i delicadas fábulas; no tanto para satisfacer una necesidad de su espíritu, como para complacer a las personas que lo rodeaban. Cuando los achaques de la vejez lo postraron en un sillon, don Andrés hallaba todavía el consuelo de sus dolores en el estudio i la meditacion, en el cariño de la mas tierna de las esposas, i en las afectuosas atenciones con que lo rodeaban sus amigos. Aun entónces se complacia en enseñar el griego i el latin a una de sus nietas en quien habia descubierto una precoz intelijencia. Sus últimos dias, aunque amargados por la pérdida de personas queridas, se pasaron para él en medio de esa feliz tranquilidad que es el premio de los buenos.

Permitidme, señores, que me detenga un momento para recordaros

una de las faces del carácter de nuestro venerado rector. Se le ha atribuido de ordinario una excesiva reserva; mas todavía, cierta artificiosa reticencia para disimular en muchas ocasiones su opinion. Esa reserva, sin embargo, no era natural en él: fué el fruto de amargos desengaños que crearon en su espíritu profundos dolores. En su juventud, Bello criticó con irónica dureza los versos que habia escrito un médico de Carácas (1). ¿Sabeis la venganza que tomó el ofendido? En años posteriores publicó un mal libro histórico sobre la rebelion de Venezuela, i en él estampó una cruel calumnia: colocó a don Andrés en la esfera de los espías de 1810, ultrajando así el carácter noble i respetable de una de las mas altas glorias del nuevo mundo. En otra ocasion, en medio de un círculo de americanos reunido en Londres, Bello se permitió censurar con moderada justicia ciertos actos de Bolívar. Sus palabras llegaron a oidos del libertador de Colombia trasmitidas por bajos aduladores, i fueron a turbar las relaciones amistosas de dos hombres que habian nacido para comprenderse. Esos desengaños, que amargaron los dias de don Andrés, produjeron en su carácter ese hábito de reserva que solo lo abandonaba en el seno de la confianza.

Esta fué la causa porque solo los que lo trataron con alguna intimidad pudieron conocer a fondo el carácter elevado, lleno de bondad i de modestia del señor don Andrés Bello. Su muerte (2) ha sido una gran pérdida para las letras i las ciencias, que ha deplorado Chile con las manifestaciones del mas profundo dolor; pero los que tuvimos la fortuna de conocerlo de cerca, de gozar de su afabilidad i de oir sus ilustrados consejos, conservariamos su recuerdo sin necesidad de que el artista modelara sus facciones en el mármol, ni sus admiradores trazaran el elojio de su ciencia i de sus virtudes. El nombre de don Andrés Bello, por otra parte, no necesita de esas manifestaciones efímeras para pasar a la posteridad: vivirá eternamente en sus obras, porque el sabio rector de la Universidad pudo hacer escribir sobre su tumba los versos que, segun una tradicion romana, habia compuesto el poeta Ennio para su epitafio:

Nemo me lacrymis decoret, neque funera fletu
Faxit; cur? volito vivus per ora virum.

Nadie me honre con sus lágrimas ni vierta fúnebre llanto, porque mi nombre vive en la boca de los mortales.

(1) Don José Domingo Diaz.

(2) Ocurrida el 15 de octubre de 1865.

V.

APOTEÓSIS DEL SÁBIO, POR DON GUILLERMO MATTA.

Entienda el hombre porque mas se estime
I que a su alma inmortal nada le asombre,
Que en él nada hai tan grande, tan sublime
Como la propia dignidad del hombre.

OLAVIDE.

I.

Aun sonaba el estruendo
Del tambor de la guerra en mis oidos
Patria i gloria vibrando sus sonidos;
I aun yo gozaba viendo
Almas do quiera i brazos conmovidos
En santo amor ardiendo,
Ofrecer de la patria en los altares
Vida i fortuna i dádivas preciosas:
Las joyas tutelares,
Único prez de míseros hogares,
I de madres, de vírjenes, de esposas,
Dones nupciales, perlas i collares.
Fúnebres voces, lúgubres jemidos,
Por los ecos dolientes repetidos,
Me anunciaron entónces
La muerte del Maestro;
Oí doblar en su honor los sacros bronces,
I mi rostro el siniestro
Duelo cubrió, i ante el cadáver frio
Trémulo el lábio mio
I sollozando el alma respetuosa,
Besó su noble frente,
De eterna idea bóveda harmoniosa,
De vasta ciencia templo intelijente.

II.

Maestro, ¿en dónde estás? Tu augusto nombre
Sale en fúnebre acento de mi boca;
Qué tú has dejado la mansion del hombre
I ya solo mi espíritu te invoca:
Mi espíritu anheloso

Que tu sabia doctrina
Cultivó como un jérmen relijioso;
Jérmen fecundo de verdad divina
Que en las almas produce
La santa fé del hombre virtuoso;
Alto fanal que luce
En las lóbregas noches terrenales,
I hácia el bien, por ideas inmortales
I hácia Dios, por lo inmenso nos conduce!

III.

Aun veo tu figura venerada,
Aun me atrae el fulgor de tu mirada,
Aun escucho yo atento
De tu alma, en bellos actos inspirada,
El paternal i cariñoso acento!
I aun creo que contigo,
Discípulo ferviente
El exelso ideal del pensamiento,
Ideal del arte, sigo,
Con lo infinito en la curiosa mente!
Que no era tu saber el vano viento
Que hinche a estéril sofista;
No era el traje roido
Difraz que cubre al sórdido egoista.
Era el saber con la virtud vestido,
El fruto bendecido
Del alma del poeta i del artista;
Era el grave concepto, el verbo augusto,
Del alma del filósofo i del justo!

IV.

Qué abismos de la ciencia,
Los ojos de tu mente no exploraron?
En la raiz de los seres, en su esencia,
En lo incógnito, osados penetraron.
I Dios i alma: el sublime
Misterio de la humana intelijencia;
I el dolor que redime
I el amor que levanta;

La iniquidad que oprime,
La eternidad que espanta:
Todo, todo, el delito
I el bien i el mal: la creacion entera;
La humanidad i el Cósmos: lo infinito,
De tu espíritu audaz el círculo era!
I en esa inmensa esfera
Como en un libro a tu razon abierto,
Tu razon estudiaba i descubria
Lo dudoso i lo cierto:
Las leyes inmutables que gobiernan
La creacion, i en rítmica harmonía
Sin desviarse nunca, siempre alternan;
Iguales en las flores del desierto
I en el hombre, en el astro, el pez i el ave:
Leyes que niega la ignorancia atea,
Leyes que afirma i que agruparlas sabe,
Quien la infinita idea
Concibe i analiza,
I a Dios, en su Universo, patentiza.

V.

¡Oh cuánto sufre el hombre! Lo acongojan
Las dudas que lo asaltan.
Invisibles obstáculos lo enojan
Ambiciones quiméricas lo exaltan.
Lo que ama, como huraños
I fugaces ensueños de un delirio,
Cambia aspectos estraños,
I sufre i lo tortura ese martirio
De amar, en sus fatídicos anhelos,
Su propio ser en propios desengaños.
Va en pos de un falso ideal i sube i sube,
Bosqueja edenes, imajina cielos,
Sueña visiones, acaricia engaños
I en el alma del hombre otra alma inventa;
Va en pos de un falso ideal i sube i sube,
I fórmase en su espíritu la nube,
Que cual nube funesta de tormenta,
En granizo de lágrimas revienta!

VI.

Amor de lo ideal, martirio, dudas!
Vuestra senda de ríjidas espinas,
Las visiones de imájenes divinas,
Del delirio interior las sombras mudas,
Son, o vida, las yedras de tus ruinas!
En tí arraigan i nacen, en tí viven;
De tí su angustia mana;
Solo en tí se conciben
Misterioso edificio, vida humana!
Mas en tí el hombre encuentra
Magnífico recinto
I una fuerza invencible,
Si en sério estudio su razon concentra;
I si en vez de soñar con lo imposible,
Dirije la razon el vago instinto
Que forja extraordinarias
Visiones, que trasforma en laberinto
I en martirio de dudas la existencia.
Dudas imajinarias,
Sombras de error que aleja la conciencia,
Revelacion del hombre por la ciencia!

VII.

Él llegó hasta esa altura;
Que en su razon el Sabio poseía
I en su conciencia el alma mas segura.
Pero él, discreto siempre, no tenia
Ni soberbia ni orgullo loco i vano,
Ni en su austera i veraz filosofía
Desprecio indigno del linaje humano.
Su labio bendecia
En sus obras a Dios; i en todas partes
En las ciencias lo mismo que en las artes,
Buscando la verdad, a Dios seguia.
La verdad que no ofusca
Que con vagas tinieblas no extravia;
Absoluta verdad que el sabio busca,
Que a traves de los siglos aparece
I como un sol errante resplandece!

VIII.

Por eso fué filósofo profundo,
Por eso fué maestro esclarecido;
I por eso, cantor del Nuevo Mundo,
En la América libre honrado ha sido.
Que a su amparo fecundo,
A su sombra eficaz i bienhechora,
Cuatro jeneraciones han crecido;
Cuatro jeneraciones
En cuyas almas, cual naciente aurora,
Arte i ciencia alborean
I con vivaces rayos centellean.
Cuatro jeneraciones que han vivido
Del pan de su enseñanza,
I nutrido sus fuertes convicciones,
De justicia, de amor i de esperanza,
En su ejemplo i sus útiles lecciones!

IX.

Si se escuchan arengas elocuentes
Que ajitan a las masas populares;
Si abandonan sus plácidos hogares
Mil jóvenes valientes
Entonando patrióticos cantares;
Si acuden presurosos do los llama
Nuestra patria ofendida
Por la España monárquica, agredida;
Si honor, gloria, heroismo,
Resuelta juventud ilustra i ama
Escudando a la patria en su civismo;
Fué ese sabio maestro, fué su mano
Quien supo en esas almas juveniles,
Inspirar la virtud del patriotismo,
Cultivar del honor el fruto sano,
Desatar los impulsos varoniles;
I ser ejemplo, él mismo,
De digno ciudadaño,
Sabio eminente i buen americano!

X.

Que siempre despertaba en su memoria
Solemnes i grandiosas emociones,
El recuerdo de esa época de gloria;
Cuando abatió castillos i leones,
I alzó bandera i levantó pendones,
Al grito audaz de independencia i guerra,
La colombiana tierra.
Cuando vieron los Andes
Por rocas i por nieves i hondonadas
I barrancos i breñas
Abrir sendas a heroicas lejiones;
I relumbrar espadas
I rechinar cureñas,
I al grande entre los grandes,
A Bolívar! las cúspides hollando;
I allí con sus intrépidos llaneros
Las serviles cadenas destrozando
I ante Dios, ante el mundo proclamando
De América los fueros,
I libre de tiranos extranjeros,
Patria republicana,
Patria de hombres, la patria americana!

XI.

Felices los que entónces, sacros vates,
Himnos de libertad cantar supieron!
Felices los que oyeron,
Entre alarmas i riesgos i combates,
Esa voz de la América oprimida,
De infame servidumbre redimida!
Tremenda voz de júbilo iracundo,
Glorioso despertar del Nuevo Mundo,
Que estremeció en su cumbre al Chimborazo,
Que Junin i Ayacucho repitieron,
Que unió en un solo brazo
Para una sola hazaña—
—Rescatar a la América de España,
Vencer sus reyes i zapar sus tronos—

Indios i huasos, gauchos i colonos!
¿Qué alma no se conmueve
I en bélico entusiasmo no se inspira?
Bello imita a los héroes con la lira,
A lo que ellos se atreven él se atreve.
I es la pluma su espada,
I es su verso el vibrante
Rayo de su alma airada,
Que estalla en los espacios fulminante
I a las réjias coronas anonada!

XII.

Que no era para él la poesía
La lengua artificiosa,
Que en cláusulas de dulce melodía
Regala nuestro oido, i vaporosa
Bullente espuma i enfermiza calma,
Nos deja en el cerebro i en el alma.
No era la musa clásica, indolente,
Que se mira en las aguas de una fuente,
I viéndose tan bella
Ve tan solo su faz i adora en ella;
Ni la bacante impávida i robusta
Que, saltando lasciva,
Al deseo fugaz tienta i esquiva
I al métrico compas el paso ajusta.
Era una vírjen púdica i altiva
De la verdad, sacerdotiza augusta,
De la virtud exelsa consejera,
De la eterna justicia, lengua austera!
Era el sublime acento,
La espresion inmortal del pensamiento!
Era el alma de un pueblo, era la vida
En su vida creada,
I en jigantes estrofas esculpida,
O en grandioso poema eternizada!

XIII.

Lejislador, filósofo, poeta!
Pudo esa triple gloria

Con sus uñas roerla envidia inquieta.
Hoi la severa, la imparcial historia,
Al grande hombre respeta,
Postra impotente a la vulgar perfidia
I su garra procaz corta a la envidia.
Las pasiones coléricas no estallan
I el ladrido siniestro
Ante su tumba callan:
En la noble figura del maestro
El aspecto del Sabio todos hallan!
Muerte, bendita seas!
Tú al hombre transfiguras.
Los nombres inmortales, tú los creas!
I tú llevas a Dios las almas puras!

XIV.

La tuya allí ha ascendido
I está viviendo en Dios, Maestro amado,
Lo que aquí, como idea has concebido,
Está allí, como objeto realizado.
La creacion divina, ese poema
Que en grandiosos o pálidos fragmentos
I en extraña palabra o mudo emblema,
Nos da frases de ignotos pensamientos;
Hoi toda, tú la entiendes
I tu completo ser a esa obra aplicas;
Lo que ayer ignorabas, hoi lo aprendes,
Lo que ayer suponias, hoi lo explicas
A Dios i a su creacion tú los comprendes!
Para tu ser completo
No hai misterio ni emblema ni secreto!

XV.

Nosotros, que guardamos sin mancilla
En el alma, la flor de la creencia,
En la mente, del bien íntimo i puro,
La próspera semilla;
Nosotros, que mirando hácia el futuro,
Vemos en tu esperiencia,
Hallamos en tu ciencia,

La luz que brilla en su horizonte oscuro;
Nosotros, que de un Dios-intelijencia
El resplandor seguimos i adoramos;
Nosotros, que sentimos su presencia,
Que en el progreso humano la buscamos,
Como el eje moral de la conciencia;
Nosotros, o Maestro, te invocamos:
Que nuestra mente, que nuestra alma alumbre
De tu clara razon la certidumbre!

XVI.

Continúa enseñando esa doctrina
De verdad i de amor! Con la pureza
De tu alma, nuestras almas ilumina;
Danos sabiduría i fortaleza!
Haz que el deber nos preste su armadura
Para luchar sin miedo i sin flaqueza
Contra odio vil i bárbara impostura.
Disipa los errores
Que, cual densos vapores,
A la suprema i deseada altura
De toda idea, arroja la ignorancia;
I en la angustia i sus tétricos dolores
I en la vida i sus ágrios sinsabores,
Nos enseñe a ser hombres tu constancia!

XVII.

Hombres que como tú las ciencias amen,
Que maestros i sabios todos llamen;
Vigorosos atletas
Que el fuego del espíritu derramen
Del mundo en los arcanos.
Filósofos, artistas i poetas,
Que pongan en los ojos i en las manos
Del pueblo, la verdad que moraliza,
Que educa ciudadanos;
La luz, la ciencia, el arte,
El ideal que engrandece i civiliza;
I ensalzar al progreso i ensalzarte
A tí, o Patria, a tí, o santa

Democracia, República de hermnos!
A tí, o pueblo de Chile, a quien no espanta
Ni pérfida ambicion ni injusta guerra;
Porque no hai en tu tierra,
No hai playa, monte o valle,
Donde el vil invasor ponga la planta
I de infame traicion cómplices halle!

XVIII.

Digna ha sido del Sabio
Tu honrosa Apoteosis, patria mia!
La ciencia que brotaba de su labio
En tu sien virjinal resplandecia!
Con exequias, con lágrimas i luto,
Al cadáver del hombre,
Diste la honra del público tributo.
Sea de hoi mas su nombre
Venerado en la historia,
Con los héroes de América ensalzado
En el arco triunfal de la victoria.
Ellos han libertado
De oprobio i de vergüenza
Al mundo de Colon; tú lo has salvado
Del torvo error: en tí, Maestro amado,
La vida de su espíritu comienza!
Jeneracion presente,
Bendice su memoria!
Si en nuestra patria hai vida intelijente,
Si el futuro ilumina un claro oriente,
Esa es la obra del Sabio, esa es su gloria!

LAGO DE VICHUQUEN O DE LLICO, en la recien criada provincia de Curicó.—Por su feliz posicion topográfica, por su admirable forma i por todas sus circunstancias, se presta, como ninguna otra bahía de Chile, a la construccion de un magnífico puerto fuerte de guerra, con arsenales, astilleros i cuanto para ello se necesite, segun el siguiente informe científico del injeniero norte-americano don Horacio Bliss.

Santiago, noviembre 18 de 1855.—Señor.—Tengo el honor de darle cuenta del reconocimiento hecho recientemente bajo mi direccion en virtud de sus instrucciones de fecha 23 de abril último.